

SUMARIO

Los nuevos elementos de guerra y la instrucción general en el ejército, por J. A. —Un artículo interesante, por el Capitán Subrio Escápula.—Influencia del mando en las operaciones de la caballería.—Algunas lecciones de la última guerra.—**BIBLIOGRAFÍA:** *La Guerra Russo Giapponese nell' anno 1904*, di Luigi Giannitrapani, capitano d' Artiglieria.—Servicios especiales de la Caballería, por el capitán don Teodoro de Iradier.—Extracto de organización militar de los Ejércitos extranjeros. Italia.—Los pueblos se engrandecen en razón directa de sus virtudes cívicas y militares y de sus progresos en el arte de la guerra, por don Luis Trucharte y Villanueva, comandante de Infantería.

Se acompañan los cuadernos 7 y 8 de la **Historia de la Guerra ruso-japonesa.**

LOS NUEVOS ELEMENTOS DE GUERRA, Y LA INSTRUCCIÓN GENERAL EN EL EJÉRCITO

Los progresos de la industria, extendiéndose al ejército, van dificultando más cada día la misión de las tropas en la guerra. Ciertas labores que hace apenas treinta años caían exclusivamente bajo el dominio de las unidades técnicas, han pasado á ser patrimonio de las armas de combate, á la vez que han aparecido nuevos adelantos y progresos que han variado el rumbo y abierto otro campo á las técnicas, resultando de esto que tanto las unas como las otras han de realizar esfuerzos incesantes para no quedar rezagadas, y para estar siempre en disposición de responder á los cometidos, cada vez más complejos, que han de desempeñar en campaña.

En primer término, la utilidad de la fortificación de campaña y de la rápida, nunca puesta en duda, ha adquirido últimamente el carácter de una verdadera necesidad, tanto en la defensiva como, en muchas ocasiones, en la ofensiva. El fusil moderno no ha destronado el combate al arma blanca: el ataque final, el choque, es hoy como antes, y seguramente seguirá siendo siempre, el argumento decisivo, sin el que no se lograrán los resultados capitales de toda acción táctica. Para emprender este ataque se impone ahora más que nunca que las fracciones asaltantes estén bajo la mano de sus jefes, que los oficiales hagan sentir, en el momento crítico, toda su fuerza moral y una dirección inteligente: lo cual obliga á condensar las formaciones en esta última etapa del combate, cuando es corta la distancia que separa á los dos adversarios, y la precisión del fuego disminuye por la excitación que domina á los combatientes; pero, por otra parte, no será posible, en general, llegar cerca

del enemigo sino se abren las formaciones, única manera de evitar en parte los aterradores efectos del fusil moderno á las distancias medias, en las que son temibles principalmente aquellos efectos. De suerte que es necesaria la maniobra bajo el fuego enemigo, maniobra elemental, rudimentaria, pero más difícil y expuesta por las circunstancias en que tiene lugar. Esa maniobra obligará en muchísimos casos á cubrirse en el terreno, valiéndose de los medios artificiales que la fortificación proporciona. Solo en combates de encuentro que participen del carácter de sorpresas, cabrá la rapidez de acción y desenlace que tenía lugar en las guerras del pasado siglo. En las batallas verdaderas, y más aun en el ataque y defensa de las posiciones preparadas de antemano, el armamento moderno da tal fuerza á los dos contendientes, que se requiere mucho tiempo para quebrantarlos, y el avance se verifica con lentitud, con parsimonia y con prudencia; toda precipitación en él conduce á la propia destrucción, por lo cual conviene cubrirse y conservar las fuerzas, única manera de que el choque produzca el deseado efecto.

No quiere esto decir que en los ejercicios del tiempo de paz se imprima una monotonía desesperante é infecunda al desarrollo de la supuesta acción, porque es imposible suplir los efectos del fuego, ni hacer que el soldado se conduzca de un modo parecido á lo que le impondrán, quiera ó no quiera, las realidades de la guerra. Pero sí se deduce la conveniencia de practicar ligeros trabajos de atrincheramiento en los ejercicios de lucha simulada, para que la tropa se acostumbre á ellos y aprenda lo que habrá de ejecutar más adelante.

Las defensas accesorias que, durante la segunda mitad del último siglo, pareció que habían perdido su eficacia y qué el campo de su aplicación se restringía y limitaba, han recobrado de pronto, gracias á lo acontecido en el Extremo Oriente, un importantísimo papel. Las alambradas, en particular, se han puesto de moda, y no hay quien deje de preconizar su empleo siempre que esto sea posible. Cierto que otros obstáculos pasivos no pueden competir en ventajas con las alambradas, pero sería error despreciarlos, porque si los rusos y japoneses han usado y aun abusado de las alambradas, en otros teatros de la guerra es muy posible que aquellas defensas no ocuparan el primer puesto, y que se vieran postergadas por otras de las conocidas ó alguna no ideada todavía. Se ha llegado al extremo de proyectar tipos especiales de alambradas, de fácil transporte, y pedir que los adopte la infantería y los lleve siempre consigo: esto es sencillamente una exageración casi utópica, cuya única consecuencia, si se llegase á adoptar la idea, sería el abandono y el descrédito de las referidas alambradas. No creemos que la infantería debe perder el tiempo dedicándose á practicar la ejecución de las defensas accesorias con la misma asiduidad que el tiro. No se trata de trabajos difíciles, ni de elementos de los que convengan hacer uso en

todas las circunstancias, antes al contrario: su empleo no puede depender del capricho, ni figurar como parte integrante de los ejercicios reglamentarios y normales. sino dejarlo para las grandes maniobras ó, cuando más, para los ejercicios combinados. Lo que debe practicarse no es la construcción de tales defensas—lo que no reportaría ninguna utilidad;—es el medio de salvarlas, de inutilizarlas y destruirlas; y esto es tan necesario como el salto de obstáculos, la escalada de muros y otros ejercicios que figuran en nuestro reglamento. El soldado en general, y especialmente el de infantería y caballería, debe conocer los reparos y defensas accesorias, saber destruirlas y disponer de los medios necesarios para no quedar detenido, atónito y perplejo en el momento decisivo, bajo el fuego enemigo, cuando el único modo de conservar la vida es el de avanzar, y este procedimiento se lo veda el obstáculo pasivo.

Las granadas de mano y, en general, todo explosivo arrojadizo, están llamadas también á un espléndido porvenir. Su empleo está tan indicado en la defensiva como en la ofensiva. Recuérdese que á las granadas de mano recurrió el ejército japonés, en el que el espíritu de la ofensiva y los métodos de ataque, siempre y en todas las circunstancias, llegaron á un grado difícil de igualar; y que en Port-Arthur, en el Sha y en Mukden la tropa japonesa llegó á tener más confianza en esas granadas que en el fusil, para conquistar los puntos más sólidamente defendidos. Imposible de todo punto es el simular esos explosivos, ni sus efectos; pero es perfectamente practicable su manejo, y sobre todo su construcción. A este efecto, convendría que en nuestras fábricas de pólvoras y explosivos se estudiase un tipo práctico de granada de mano, con el cual hicieran prácticas todos los cuerpos, más que con el objeto de enseñar á arrojarlas, que eso se aprende pronto frente al enemigo, con el de que la tropa presenciara los efectos sobre blancos apropiados, y se acostumbrase á la vista de dichos proyectiles, de los que podría haber una cierta dotación sin carga, para el tiempo de paz.

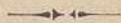
El efecto pavoroso y avasallador del fuego de artillería es todavía más imposible de ser figurado. Pero aunque nada puede suplir á la realidad de la guerra, ¿por qué no se procura acostumbrar á la tropa de todas las armas al ruido de los disparos de una ó varias baterías de campaña y de plaza, y á ver la explosión de los proyectiles? Soldado hay que al ser licenciado no ha oído el disparo de un cañón, ni tiene idea siquiera de lo que es verdaderamente el tiro de artillería; y esa ignorancia costará muchas vidas el día del peligro, y puede ser causa de que fracase más de un plan. De igual manera, tampoco el artillero sabe hasta qué punto es temible el fuego de fusilería, ni la necesidad de cubrirse y buscar apoyo en las otras armas; y, generalizando, cada arma y cada cuerpo, desconociendo el alcance de los elementos ofensivos y de-

fensivos de los demás, vive en un cierto estado de aislamiento nocivo y funesto.

El ingeniero efectúa sus escuelas prácticas sin que sus trabajos sean contrastados por el fuego de la artillería, por el uso que de ellos debe hacer la infantería, ni por el auxilio ó la oposición que en ellos ha de encontrar la caballería. Al artillero, á su vez, no se le presentan de un modo tangible los peligros ni la ayuda que para él significan las otras armas; y el infante y el jinete practican una instrucción casi exclusivamente reducida al combate con tropas de su misma arma. Bien está que la instrucción de cada cual comience por lo individual y particular, pero no basta: en el campo de batalla todos son necesarios, y los esfuerzos de todos deben concurrir á un fin único. El alto mando es quien guía, dirige y encauza la acción de cada elemento, pero es menester que estos últimos sepan moverse guardando el estrecho enlace de los miembros de un mismo cuerpo, y no la afectada unión de organismos heterogéneos educados en atmósferas diferentes y en medios y con tendencias también diversas.

Sin necesidad de apelar á las grandes maniobras; sin gravar el presupuesto, ni introducir reformas orgánicas, podría hacerse algo que pusiera fin á este estado de cosas, en el que se esconde un peligro para el día de mañana. Con solo que cada cuerpo presenciara los ejercicios y prácticas más importantes realizados por los demás de la misma guarnición ó de las guarniciones inmediatas, se despertaría la compenetración de todos, basada en su raíz más firme que es el exacto conocimiento de las demás armas y cuerpos. Despertaríase además la emulación, nacería la controversia, siempre provechosa, y en pocos años lograríamos excelentes resultados, aún sin contar con los indirectos y muy probables de que esa comunión de esfuerzos imprimiera un rumbo fijo y determinado, claro y preciso, para llegar á la resolución de los más graves problemas militares.

J. A.



UN ARTÍCULO INTERESANTE

Decimos á menudo los militares que cuando el vulgo—y entendemos bajo esta denominación á cuantos no visten nuestro uniforme—ve desfilar batallones, escuadrones y baterías, y juzga la instrucción de las tropas por el airoso y gallardo porte de unos cuerpos, por la mayor ó menor uniformidad en el paso, ó por el estado de las prendas de vestuario, se engaña lastimosamente; como se engañaría quien formase concepto del alma y del entendimiento de un sujeto, por su belleza física y la corrección de su indumentaria. Y nosotros, los militares, que con harta razón condenamos el impresionismo de los que no pertenecen á nuestra

profesión, somos los primeros en dejarnos extraviar por las apariencias: las nuestras no nos engañan; acostumbrados á verlas y conocerlas, ahondamos, rebuscamos, á veces con verdadero ensañamiento, hasta tropezar con vicios, defectos, corruptelas, que si unas veces son ciertos, otras muchas solo existen en nuestra imaginación, y se originan en la ignorancia en que estamos respecto del medio que nos rodea.

Porque nosotros, que tan exigentes y circunspectos nos mostramos en admitir nada bueno y meritorio en nuestro ejército, nos entusiasmos al hablar de los batallones de mil plazas del ejército A, de las 500 baterías del B, ó de los ascensos y los sueldos del C, sin detenernos á discurrir ni á inquirir lo que se esconde debajo de las apariencias, y que lo mismo puede ser oro que oropel.

Nunca un ejército ha sido, es, ni puede ser una muchedumbre humana, ni un inmenso é incontable depósito de fusiles, cañones, ni caballos; y tampoco el sabio y el instruido han sido, son, y serán, por este solo hecho, virtuosos ni abnegados. La historia registra desde los tiempos más remotos el caso de ejércitos que parecían invencibles por su número, en instrucción y en aparente disciplina, pero que se descompusieron como materia deleznable al primer choque, como cae á tierra al primer golpe el corpulento árbol cuya alma, cuyo tronco está podrido.

En toda colectividad humana que haya de exponerse á un peligro real, positivo y continuado, los factores morales, las virtudes cívicas y militares, ocuparán siempre el primer lugar, y á ellas habrá que atenerse para apreciar la cohesión y el valor exacto del conjunto.

Estudiar la fuerza militar de un país en libros atestados de datos estadísticos, ó formarse juicio de ella por lo que se ve en una parada, en unos ejercicios ó en unas grandes maniobras, puede conducir á consecuencias extremadamente falsas. Si la guerra fuese cuestión de números sería inútil ir al campo de batalla, y bastaría contrastar los datos, preñados de cifras, que hay en los libros y en los archivos de los Ministerios de la Guerra. Por eso es conveniente, de cuando en cuando, llamar la atención de nuestros oficiales, predispuestos, por el carácter nacional, á creer defectuoso lo propio y excelente lo ajeno: labor á que, en nuestros ratos de ocio, solemos dedicarnos, no sin fruto. Como continuación de ellas, traducimos íntegramente á continuación un artículo de *Le Matin*, referente á las propuestas de ascenso de primero de año, en el ejército francés.

Antes, conviene sin embargo que declaremos formalmente que al traducir ese artículo no creemos rebajar en lo más mínimo los merecimientos del bravo y sufrido ejército francés; lo que en la vecina República acontece, ocurre también en otras naciones algo más distantes, y acaso y sin acaso con caracteres más agudos y peores; con la diferencia de que en Francia hay más sinceridad—aunque no tanta como en Espa-

ña—que en otras partes, lo que nos da datos exactos en lugar de los aproximados con que nos hemos de satisfacer al referirnos á ejércitos que ocupan preeminente lugar en el concepto universal.

El artículo en cuestión, elocuente y breve, y al que no pondremos comentarios, dice así:

«Publicamos hoy la primera parte del cuadro de ascensos del ejército.

»El próximo martes, cuando esté completo, comprenderá en total seiscientos nombres.

»El Ministro de la Guerra, mientras se redactaban esas listas, ha recibido *nueve mil seiscientas* recomendaciones.

»Cualquiera creería que el ejército no tiene jefes, que los oficiales, renunciando á valerse de las propuestas de los superiores, desengañados de demostrar su valor, se creen únicamente obligados á demostrar que tienen relaciones.

»No perdamos tiempo investigando quienes han sido los que han entronizado esas costumbres militares; recriminar no es reformar; lo que importa es reformar antes de que sea demasiado tarde.

»Un ejército en donde, de abajo arriba, en todos los grados, en todos los momentos, nadie tiene absoluta confianza en quien le manda, no es un ejército; es una administración mal montada, en la que se borra el sentimiento del deber nacional.

»Los partidos, en lugar de respetar al ejército, tratan de atraérselo, y las ligas de la izquierda lo disputan á las ligas de la derecha.

»Hace algunos años que esas tendencias se manifiestan con exceso. Han sido alentadas por los parlamentarios. Pero ellos deberían saber, repasando la historia, que el peor de los peligros para un país es el tener un ejército político.

»Los dos hombres que han personificado mejor el tipo del oficial político, se llamaban Bazaine, el uno, y Boulanger, el otro.

»El Ministro de la Guerra, atento á sus responsabilidades, se ocupa viendo cómo se alimentan en nuestro ejército tales costumbres. Tenemos entendido que se ocupa en ponerles término.

»No habrá un solo francés que no le aplauda y que no exclame: «¡Por fin!»

El Capitán SUBRIO ESCÁPULA.

INFLUENCIA DEL MANDO EN LAS

OPERACIONES DE LA CABALLERÍA

El teniente general alemán von Pelet-Narbonne, tan conocido por sus escritos sobre instrucción y misión de la Caballería, ha dado ha conocer recientemente un nuevo estudio, acerca de las condiciones que ha de

reunir la caballería, del que extractamos á continuación los párrafos dedicados á realzar la influencia de los generales de esa arma.

Para que tengan éxito las operaciones de la caballería en una futura guerra europea, es menester, ante todo, dilucidar los defectos que produjeron los poco satisfactorios resultados obtenidos en las campañas posteriores á 1813; examinar las mejoras introducidas en su organización é instrucción, y deducir cual debe ser el mejor método para su empleo.

Cuando terminaron las guerras napoleónicas, el mariscal Blücher, en Junio de 1816, hizo las siguientes preguntas á varios de sus más experimentados generales de caballería: ¿Por qué la caballería prusiana no ha realizado, en las últimas campañas, lo que de ella se esperaba? ¿Cómo podrían remediarse sus conocidos defectos?

El feld-mariscal declaró así, terminantemente, que la misión de la caballería no había tenido un resultado satisfactorio, y esto á pesar de los éxitos de Haynau, Luckau y otros varios en 1813, y de La Chaussée y Laon en 1814. Verdad es que la caballería no satisfizo lo que de ella se esperaba, en otras ocasiones, especialmente en Ligny. Los incidentes de esta batalla contribuyeron mucho á la desfavorable impresión dejada por la caballería.

A las preguntas de Blücher, los jefes interrogados, aunque poniéndose en diferentes puntos de vista, contestaron unánimemente que la caballería era escasa, que no se la había instruido, educado, ni practicado en los ejercicios en masas, y que la caballería de la landwehr no era de utilidad para aumentar la fuerza y la eficacia de la caballería de línea.

Es digno de ser notado que ninguno de los generales abogó en favor de la instrucción en el servicio de reconocimiento; aunque en este cometido la caballería había dejado mucho que elevar. Tampoco fué abordado el punto, de capitalísima importancia en la caballería, de una buena elección de los jefes, cosa que desempeñó grande influencia en aquellas guerras.

Durante las guerras napoleónicas, siempre fueron los mismos los regimientos que se distinguieron, mientras que otros rara vez fueron citados. Esta anomalía no debe atribuirse á las cualidades de las tropas, ni al material, sino á los dotes de los jefes, porque en ocasiones la mediana caballería de la landwehr, bien mandada, se distinguió sobremanera. Así, el coronel conde Henckel, en la Chaussée, con cinco débiles escuadrones, derrotó á uno de los célebres regimientos de lanceros polacos; el comandante von Falkenhausen—que ya había sobresalido en 1813 como jefe de guerrilleros—derrotó á una fuerza enemiga cuatro veces más numerosa que la suya, atravesó la derecha y la retaguardia

francesas, y regresó con importantes noticias; el comandante von Blankenburg, fué sorprendido por descuido, en 1815, en Senlis, y aunque solo algunos de sus jinetes de la landwehr tuvieron tiempo de montar á caballo, rechazó al enemigo, superior en fuerzas, y lo persiguió á través de la ciudad. Desde entonces no cupo duda en que en la caballería, más aun que en las armas, la personalidad del jefe goza un papel primordial; y cuantos hicieron con la caballería la campaña de 1870-1871 estarán de acuerdo conmigo en que un Seydlitz á la cabeza de la mitad de la caballería de la landwehr, haría sentir su superioridad.

Atribuyo tanta importancia á la influencia del personal, porque estoy persuadido de que cuanto se diga ó se haga para mejorar la acción de la caballería en las guerras futuras, es relativamente secundario. Acontece en la guerra que á menudo muchos jefes, á quienes no se había presentado antes ocasión para distinguirse, dan notables pruebas de pericia frente al enemigo, á la vez que se pierde la reputación de otros muchos.

Es innegable que en la caballería la inteligencia y la rapidez en adoptar atrevidas determinaciones, son más necesarias que en las otras armas. Hay quien dice que la mejor edad para un jefe de caballería es aquella en que la plena fuerza de la virilidad no empiece aun á decaer, aquella en que el *atrevimiento* no sea anulado por la *reflexión*; y que el jefe de caballería ha de reclutarse entre los jinetes que encuentren completo goce galopando en campo abierto. Los conocimientos tácticos y estratégicos solo los da la experiencia y son cualidades indispensables. Por este motivo, la idea, ya antigua, de que al comenzar la movilización han de ponerse al frente de las divisiones de caballería jóvenes vigorosos, sin consideración á los antiguos, no puede admitirse; el arte de manejar masas de caballería solo se adquiere con la práctica y la experiencia, y cuando estas faltan—salvo en el caso de un genio, como Seydlitz,—la mayoría de los elegidos no tendrán confianza en sí mismos y no desempeñarán bien su papel.

Los esfuerzos de Blücher no dieron buen resultado, porque el Estado era pobre y porque los hombres que figuraban á la cabeza del ejército estaban cansados de tanto guerrear; las cosas continuaron como antes. Dos grandes maniobras de caballería, y un reglamento sobre la instrucción y el empleo de la caballería, no pudieron tener eficacia decisiva, de modo que la campaña de 1870-1871 encontró á la caballería prusiana, en muchos puntos, mal preparada.

Las guerras europeas que siguieron no ofrecen nada interesante á nuestra consideración. La guerra civil americana de 1862-1865, fué para nosotros mucho más importante; pero es difícil deducir de ella acertadas conclusiones, porque aquella guerra se desenvolvió en condiciones muy diferentes de las que hubieran tenido lugar en Europa. Aunque había

gran semejanza entre federales y confederados, los elementos de unos y otros, en hombres y caballos, no se parecían en nada á los nuestros. El Sud poseía en sus jinetes y en sus excelentes caballos un material mucho mejor que el puesto á disposición de nuestros generales; el Norte lo tenía muy medianos, y solamente en los últimos años de la guerra pudo organizar una buena caballería. A los Estados del S. les fué fácil improvisar una excelente fuerza montada, deficiente, sin embargo, en los atributos necesarios para ocupar un buen lugar en la línea de batalla: á las tropas y á sus jefes les faltaban práctica y experiencia. En el N., donde el reclutamiento y organización de la caballería dieron al principio pésimos resultados, resultó más fácil la improvisación de artillería, y esta arma adquirió pronto gran superioridad sobre la que poseía el S.

Entre los hechos memorables de aquella guerra, merecen ser recordados dos: la algará efectuada por Stuart en Octubre de 1862, en Pensilvania, con 1800 caballos y 2 cañones, en la retaguardia del ejército enemigo, durante la cual, gracias á la abundancia de buenos caballos en la región, pudieron remontarse casi todos los jinetes, y regresaron montando un caballo nuevo y conduciendo de las riendas al antiguo; y la algará emprendida por la caballería del N., cuando á últimos de Abril de 1862, entró en Virginia, á las órdenes de Stonemann, y apresó 800 caballos de los granjeros virginianos.

El feliz éxito de esas algaras invita á considerar si sería posible efectuar en Europa otras parecidas. En 1870-71 nuestra caballería, como también la francesa, no estaba en disposición, por su falta de armamento y de instrucción, de emprender tales algaras, y es difícil admitir que en teatros europeos las divisiones de caballería puedan emplearse en algaras análogas á las de Stuart. Pero es muy posible dar mayor independencia á las divisiones de caballería, organizándolas de modo que se basten á sí mismas más que hasta aquí, y emplearlas con éxito contra los flancos y comunicaciones de los gigantescos ejércitos enemigos, así como en cometidos de otros géneros. Sino se admite esta idea, habrá que renunciar á atribuir todo su valor á la velocidad, gracias á la cual la caballería puede aparecer y desaparecer rápidamente de la vista del enemigo. Creo que algunas de estas algaras son perfectamente realizables en Europa en circunstancias análogas, tales como la del general Stonemann, del Norte, quien con 3500 caballos operó, en 1863, entre Rapahannock y el río James, ocasionando inmensos perjuicios á su adversario.

La cuestión de la conveniencia de las algaras en un caso particular debe decidirse teniendo en cuenta la utilidad que puede reportarse; ahora solo discuto su posibilidad. Por otra parte, es innegable que á veces las algaras resultan desastrosas, como, por ejemplo, la marcha de Wheeler

con la caballería del S. en Agosto de 1864, para destruir el ferrocarril en Chattanooga. Claro es que la ejecución de estas operaciones es más fácil en país amigo que en territorio hostil; no puede desconocerse que si la caballería francesa hubiese estado mejor organizada y educada en la segunda parte de la guerra, le habría sido fácil operar con éxito contra nuestras medianas tropas que guarnecían las líneas de etapa. Fácilmente se concibe la influencia que hubiera ejercido en la guerra la destrucción de los ferrocarriles entre Francia y Alemania, ejecutada por la caballería francesa.

Uno de los caracteres distintivos de las acciones de caballería en la guerra de Secesión fué el constante uso del fuego pié á tierra. Esto proviene de que los excelentes jinetes del S. eran verdaderos tiradores montados, muy prácticos en el manejo del fusil, pero no en las evoluciones de la caballería regular; los abundantes y espesos bosques de aquel teatro de la guerra, imponían además que la caballería, si había de servir para algo, echase pié á tierra para tomar parte en las batallas. No es de extrañar, por lo tanto, que la acción del fuego se emplease después aun en terreno abierto, como lo practicó Stuart cuando hizo desmontar á sus hombres para atacar á la brigada Bulford, durante la batalla de Brandy: lo que le puso en grave aprieto, por haberle acometido por retaguardia una brigada enemiga montada. Contra otro cualquier enemigo hubiera pagado cara su imprudencia. No obstante el frecuente empleo del combate pié á tierra, aquellos jinetes no tenían el carácter de infantería montada: ellos mismos se preciaban de ser caballería, y en varias cargas efectuadas por escuadrones y regimientos individuales, demostraron que sabían hacer uso de sus sables.

El 3 de Junio de 1863, Stuart empleó á sus hombres en masa como fuerza montada, en una importante operación. Aquellos jinetes estaban tan acostumbrados á batirse pié á tierra, que esto era para ellos cosa habitual, y sus operaciones pueden servir de modelos en este género de combate; ejemplo, el ataque nocturno emprendido por Stuart el 22 de Agosto de 1862, en Catlett. Muy á menudo, la caballería se atrincheró en sus posiciones, como lo hizo Sheridan, el mejor de los generales del N., para asegurar sus comunicaciones en Old Coldharbour, el 31 de Mayo de 1864. Constantemente se puso de manifiesto en esta campaña, que la acción pié á tierra no anulaba las cualidades de la tropa como fuerza montada; hecho del todo contrario á la que se observó en la caballería rusa durante la última guerra contra Turquía. Si el empleo de la caballería en la guerra civil americana no puede ser mirado como modelo por nosotros, tampoco puede dejarse de reconocer lo mucho de que es capaz una caballería acostumbrada á batirse pié á tierra, y cuyo equipo sea apropiado á las condiciones particulares del teatro de la guerra en que opere. Conviene recordar que *desde el tiempo de Napoleón*

hasta nuestros días, en ninguna campaña la caballería ha ejercido tan notable influencia como en esa guerra, en la cual la personalidad de los caudillos se destaca con singular relieve: en el S., Stuart y el temible Fitzhugh Lee, y en el Norte, Sheridan y Pleasanton. Stuart, la personificación del heroísmo, fué también un verdadero precursor.



ALGUNAS LECCIONES DE LA ÚLTIMA GUERRA

El *Ruski Invalid* ha dedicado algunos artículos á estudiar las enseñanzas de la última guerra. Dejando para otra ocasión el dar á conocer las lecciones sobre táctica de infantería y empleo de la artillería, nos limitamos hoy á publicar, en extracto, algunas observaciones de verdadera importancia práctica.

El teléfono ha prestado inmejorables servicios, y ha sido fácil la instrucción del personal telefonista, tanto en infantería como en artillería. La experiencia ha demostrado que no puede dejarse á cargo de los cuerpos la elección de los aparatos. El modelo debe imponerlo el Estado, y son menester 3 ó 4 estaciones y 10 kilómetros de cable por Regimiento (de 4 batallones), y 3 ó 4 estaciones y 5 kilómetros de cable por brigada, división ó grupo de baterías aisladas. Una compañía de telégrafos por cuerpo de ejército, con 72 kilómetros de cable, es suficiente, á condición de que se la deje á las órdenes del comandante de Cuerpo de Ejército, pues en algunas ocasiones el gran Cuartel General ha separado á esas compañías de dichos comandantes.

El teléfono es absolutamente indispensable para enlazar entre sí las unidades de un mismo regimiento, y estos últimos con los demás de la brigada ó división. No es muy conveniente que todas las líneas vayan á los jefes más caracterizados, porque en tales casos se ha observado en ellos manifiesta tendencia á ordenarlo y dirigirlo todo, con perjuicio de su principal misión y de la iniciativa de sus subordinados.

No basta con que cada Cuerpo de Ejército disponga de un globo cautivo: es menester tener siempre á mano los elementos precisos para la inflación. Durante la batalla de Mukden, un batallón de aerosteros hubo de interrumpir su servicio por falta de hidrógeno. En los demás casos, los globos dieron muy buen resultado y fué fácil la observación desde la barquilla.

Notose la necesidad de los proyectores. Los japoneses los emplearon, con grande éxito, durante todo el invierno, descubriendo los trabajos de los rusos y haciendo imposibles las sorpresas. Los proyectores deben de estar á la disposición del jefe de Cuerpo de Ejército ó división del sector en que se hallen instalados.

La ración de 1 libra de carne diaria resultó escasa; de todos modos,

conviene dividirla en dos porciones: $\frac{3}{4}$ en la comida, y $\frac{1}{4}$ en la cena. La ración de pan nunca debe ser menor de 2 libras, suponiendo que la harina sea buena. En caso de acudir á la galleta, la mejor es la confeccionada al estilo empleado por la marina.

Los cuerpos que permanecieron fijos mucho tiempo, confeccionaron ellos mismos el pan, que fué mejor que el suministrado por la Administración. En el proporcionado por ésta se notaron grandes alternativas, según el celo y el interés de los oficiales que tenían á su cargo este servicio; además, mientras en unos cuerpos de ejército siempre hubo pan en abundancia, en otros faltó más de una vez.

Las cocinas de campaña prestaron inapreciables servicios. Gracias á ellas se pudo repartir alimento caliente á todas las tropas, aun á las que estaban en la línea de fuego; hecho importantísimo si no se olvida la extraordinaria duración de las batallas. Durante el combate las cocinas se aproximaban á los cuerpos, y el rancho se distribuía en ollas que se cargaban en asnos ó se llevaban á brazo, según su tamaño; en estos casos solo se hacía un rancho, que se repartía al anochecer, en el que se invertía libra y media de carne por plaza. Está fuera de duda que cada compañía debe poseer una cocina de campaña, sobre ruedas, y además otra de repuesto por batallón ó regimiento.

Con frecuencia se hicieron ensayos para guisar los alimentos en marmitas capaces para cuatro á ocho raciones, pero esto despertaba en el soldado el espíritu del merodeo, porque se ponía en busca de combustible y de alimentos; requería mucha leña; y además obligaba á una estrecha vigilancia para evitar que la tropa comiera los alimentos sin guisar ó mal guisados. Esas marmitas solo son aceptables para hacer el té.

No todos los defectos y deficiencias en cuestión de suministros son imputables á la Administración militar, porque los cuerpos no se procuraban nada por sí mismos, y había de proveérseles de todo, teniendo que ser transportados desde Europa muchos artículos. El formalismo y la rutina fueron fatales en esto, como en todo; aconteció algunas veces que después de haber efectuado largos recorridos los carros de un regimiento en demanda de ciertos artículos, de los que había abundante provisión en los almacenes, hubieron de volverse vacíos, por habérseles negado el pedido á causa de faltar un sello, ó de desacuerdo con los partes y estados de fuerza, ó por otro motivo tan fútil como estos; lo más triste fué que esos almacenes, cuyo contenido era casi sagrado, eran entregados después frecuentemente á las llamas, al emprenderse la retirada.

El periódico ruso aboga por la creación de un cuerpo especial de administración militar, reclutado entre funcionarios de amplio criterio, en vez de nutrirlo—como sucede ahora en Rusia—con oficiales del ejército activo.

Aunque el ejército pudo procurarse víveres para cuatro meses en la zona entre Tieling y Mukden, y para dos meses en la zona ocupada después de la retirada de Mukden, hubieran sido infinitamente más abundantes si la organización administrativa fuera mejor; hubiesen entendido el chino los oficiales ó muchos de ellos, por lo menos; sido más efectivo el poder de las autoridades chinas; y podido evitarse el empleo de intérpretes rapaces y poco honrados.

BIBLIOGRAFÍA

LA GUERRA RUSSO-GIAPPONESE NELL'ANNO 1904, di Luigi Giannitrapani, Capitano d'Artiglieria.—Roma, 1905.—Un volumen de 367 páginas, con grabados en el texto, y un atlas con xxvi láminas—6 liras.

La Guerra Russo-Giapponese nell'anno 1904 apareció, en forma de artículos, en la *Rivista di Artiglieria e Genio*, en 1905, y luego ha sido reunida en un volumen, después de habersele hecho algunas adiciones y variaciones, con objeto de utilizar todos los datos y noticias conocidas hasta fin de Julio del año pasado.

El capitán Giannitrapani, ventajosamente conocido por otros trabajos anteriores, ha demostrado en el último una competencia excepcional y brillantes condiciones de escritor militar. En *La Guerra Russo-Giapponese* se muestra parco en las descripciones de batallas y combates, y mesurado y breve en sus juicios; pero, en compensación, expone con toda claridad el encadenamiento de los hechos, la marcha general de las operaciones y los elementos de que, en los diversos períodos de la guerra, disponían los generales en jefe. El empleo de la artillería en los campos de batalla y durante el sitio de Port-Arthur le merece una atención especial, y le ha servido para deducir enseñanzas que leerán con provecho todos los militares.

El libro en cuestión no es, por consiguiente, un estudio detallado y minucioso de la guerra ruso-japonesa en el año 1904, sino una exposición de conjunto, tal vez más difícil que aquella otra labor, porque llena las lagunas dejados por los corresponsales en sus correspondencias, y facilita la comprensión de lo ocurrido en el Extremo Oriente. El autor ha bebido en buenas fuentes, y ha procurado con especial empeño esclarecer todo lo relativo al Japón, precisamente lo menos conocido y apreciado, sin que por eso haya desdeñado las informaciones rusas: razón es esta que bastaría para tributar al capitán Giannitrapani los más calurosos plácemes, sino se hiciera también acreedor á ellos por el método que resplandece en toda la obra y por la claridad y precisión con que señala todos los sucesos importantes.

Dignas de particular estimación son las 26 láminas que acompañan al libro, impresas en colores y redactadas con mucho esmero, hasta el punto de haber sido esta obra la primera que, sobre la guerra ruso-japonesa, ha aparecido con una excelente y exacta información topográfica, sin la cual resultan incomprensibles las mejores descripciones, y obscuras las operaciones más triviales. Lástima es que falten en la co-

lección los planos de los campos de batalla de Si-mu-tcheng y de Ta-uan, que acabarían de completar la obra, y de creer es que en sucesivas ediciones el autor los incluirá al lado de otros menos importantes.

El libro del capitán Giannitrapani, es, en suma, excelente para todo el que, sin profundizar en los detalles, quiera formarse cabal concepto de la última guerra. Los breves comentarios y las deducciones que avaloran los pasajes más importantes, contienen abundante doctrina que conviene sea conocida y divulgada. Se trata pues, de un libro de estudio, serio, concienzudamente compuesto, que—cualesquiera que sean las discrepancias que separen á los juicios del autor de los que puedan abrigar otros escritores—no vacilamos en recomendar á los oficiales de nuestro ejército, seguros de que unirán sus elogios á los que con toda sinceridad tributamos al distinguido capitán Giannitrapani.

SERVICIOS ESPECIALES DE LA CABALLERÍA, por el capitán D. Teodoro de Iradier.—Madrid, 1905.—Folleto, publicado por la *Revista de Caballería*, de 88 páginas.

Todo escrito que se inspire en el amor al Arma ó Cuerpo del autor y en el entusiasmo por la profesión, y en el que descuelle como primera cualidad el sincero y honrado deseo de ser útil á la Patria y al Ejército, no puede menos de merecer las simpatías generales y la estimación de todos.

El capitán Iradier es uno de los más entusiastas paladines de la caballería, y en sus escritos se refleja la impetuosidad del jinete y el calor del convencido que trata de persuadir á sus lectores, cualidades que dan particular interés á sus trabajos y les imprimen el sello de la originalidad.

En los *Servicios especiales de la Caballería*, el autor examina á grandes rasgos los de seguridad, descubierta, reconocimientos ofensivos, transmisión de noticias, examen del terreno, destrucciones, reparaciones, telégrafos, ferrocarriles, atrincheramientos, sorpresas, emboscadas, paso de ríos y de corrientes de agua, y otros varios, sin olvidar las algaras. Como consecuencia de su estudio, propone el capitán Iradier que la caballería tienda á convertirse en un Arma especial, y que cada uno de los escuadrones del Regimiento se instruya en un cometido especial, llamándose el primero escuadrón de obreros; el segundo, de patrullas; el tercero, de comunicaciones; y el cuarto de ametralladoras.

El autor cita los autores que ha utilizado preferentemente para componer su folleto; pero aunque no los citara, no tardaría en descubrirse que alientan en el libro las ideas alemanas, tal vez no en su integridad sino tal como las han interpretado los franceses. De aquí que el estudio tenga un carácter general, más que el de aplicación á nuestro ejército, circunstancia respecto de la cual nos permitimos llamar la atención del señor Iradier, confiando que en sucesivas publicaciones, y una vez expuesto en la presente el punto de vista general, estudiará las condiciones particulares de nuestro ejército, y las que debe reunir nuestra caballería, que no son ni pueden ser las mismas que las de la caballería francesa ó las de la alemana.

A este respecto, á los ejemplos, verdaderamente inauditos, que ofrece la guerra de 1870-71, podrían oponerse los de 1877-78, los de la campaña

del Transvaal, y los no menos extraordinarios de la guerra rusa-japonesa; todos los cuales demuestran, á nuestro juicio, que si la estrategia es siempre una é inmutables los principios fundamentales de la guerra, cada país y por lo tanto cada ejército debe procurar cumplirlos utilizando las especiales condiciones de su situación política y geográfica, de sus caracteres, de sus cualidades particulares y de lo que constituye el fondo del alma y de las inclinaciones nacionales.

Estas reflexiones, que apuntamos esquemáticamente, nos han sido sugeridas por la lectura del folleto del Sr. Iradier, y no las escribimos en son de censura ni de crítica, sino con el exclusivo objeto de alentar y animar al autor, para que, sacudiendo la influencia de ideas exóticas, exponga libremente las suyas como oficial de caballería español. Pocos podrán desempeñar esta labor con tanta brillantez como el capitán Iradier, que posee un estilo propio, vivo, fluido y elocuente; que sigue con singularísimo provecho los progresos de las caballerías de todo el mundo, y que tiene una competencia excepcional en estas materias. Mucho puede hacer el capitán Iradier, y los amantes del ejército tenemos el derecho de exigirselo.

Volviendo á los *Servicios especiales de la Caballería*, creemos que el Sr. Iradier ha prestado un buen servicio á sus camaradas, y en primer término á los jóvenes oficiales, demostrando en páginas animadas, llenas de sugestivos ejemplos, cuan ardua, difícil y espinosa es la misión de la caballería en campaña, y la necesidad de ejercitar una aplicación constante para estar en disposición, el día del peligro, de desempeñar los variadísimos y arriesgados servicios del Arma. Nuestro aplauso al autor por su valioso trabajo, al que seguirán, así lo esperamos, otros no menos útiles.

EXTRACTO DE ORGANIZACIÓN MILITAR DE LOS EJÉRCITOS EXTRANJEROS.

ITALIA.—Madrid, 1905.—Publicación del Depósito de la Guerra.

Un volumen de 632 páginas, con varios grandes estados y un mapa.

La nueva publicación del Depósito de la Guerra honra á este centro, y sin lisonja, es un modelo en su clase.

Difícil resulta dar idea del volumen consagrado al ejército y á la marina de Italia. Con decir que es completísimo y que no falta detalle, tanto en lo relativo á la parte formal como al fondo de las instituciones militares italianas, y que resalta perfectamente la fisonomía y los rasgos peculiares de aquel ejército y de aquella marina, basta.

Después de un resumen de la constitución del Estado italiano, se desenvuelven las materias del libro en ocho capítulos, que tratan sucesivamente de las jerarquías, organización del mando y de la administración central, presupuestos, división territorial y reclutamiento; organización general del ejército, y armas, cuerpos y servicios que lo constituyen; personal civil del Ministerio de la Guerra; tropas y cuadros de reserva; institutos auxiliares y remonta; instrucción de los oficiales y de la tropa, cuadros de complemento, suboficiales y escuelas militares; clasificación y reclutamiento de oficiales, situaciones, ascensos, clases de tropa y suboficiales, sueldos, pensiones, matrimonios, instituciones

benéficas, condecoraciones, recompensas y castigos; armamento y municiones, uniformes, vestuario, equipo y material, alimentación del ganado, administración y régimen interior de los cuerpos, industria militar, sociedades y asociaciones diversas; movilización, organización de los ejércitos de operaciones y organización defensiva del territorio, colonias, tropas coloniales, marina estudiada desde los mismos puntos de vista que el ejército.

Materias de honda meditación se encuentran en este libro y mucho hay que aprender en sus páginas, que representan una labor larga, paciente y difícil, realizada con singular acierto y discreción. *Italia* merece figurar en todas las bibliotecas militares y ser leído con detención por nuestra oficialidad.

Felicitemos cordialmente al Sr. Coronel Fontán y al digno personal á sus órdenes, por el último meritorio trabajo que han dado á luz.

LOS PUEBLOS SE ENGRANDECEN EN RAZÓN DIRECTA DE SUS VIRTUDES CÍVICAS Y MILITARES Y DE SUS PROGRESOS EN EL ARTE DE LA GUERRA.—Conferencia leída en la de oficiales del Regimiento Infantería de Otumba, por el comandante del mismo D. Luis Trucharte y Villanueva.—Castellón, 1905.—Folleto de 111 páginas.

Como el título indica perfectamente, la Conferencia de nuestro estimado y distinguido colaborador Sr. Trucharte tiene una finalidad altamente patriótica. En una brillante síntesis histórica, desde los tiempos más remotos á los actuales, el conferenciante demuestra con repetidos y luminosos ejemplos la verdad de su tesis, y pone de manifiesto sus envidiables conocimientos en aquellas ciencias, así como en las militares, y las dotes que le han conquistado un distinguido lugar entre nuestros escritores profesionales.

Altamente consolador es el espectáculo que ofrece ese jefe encanecido en el ejército, y que en los momentos de abandonar el servicio activo, conserva el mismo entusiasmo y el mismo relevante espíritu de los días juveniles. ¡Ejemplo hermoso en el que debe inspirarse la nueva generación militar, especialmente en estos tiempos de pesimismo y de tristezas!

Felicitemos al Sr. Trucharte por su hermoso trabajo, y le saludamos con todo el afecto y respeto que merecen los luchadores incansables que anteponen el bien de la Patria y el del Ejército á todo lo demás.

